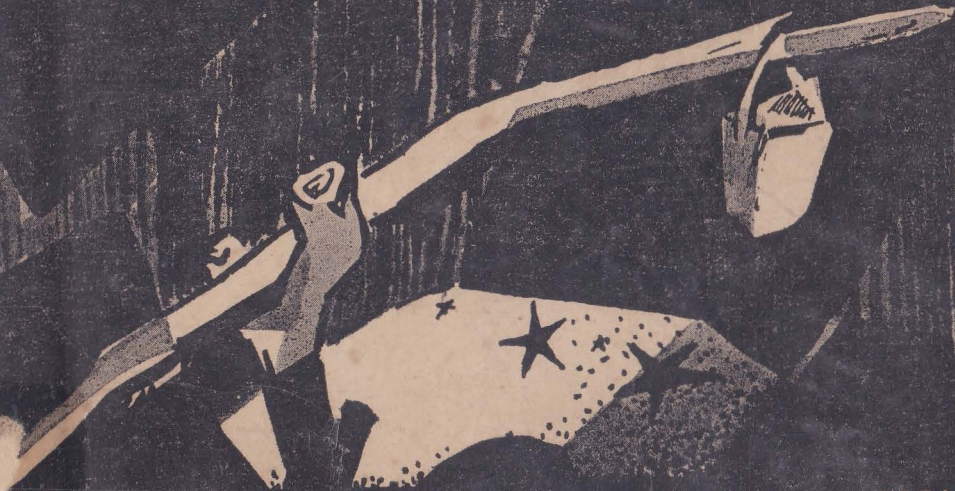


TACURUSES



SERAFIN
J. GARCIA

Undécima Edición

LIBRERIA
"BLUNDI"

861

SERAFIN J. GARCIA

TACURUSES

UNDECIMA EDICION



Prólogo de
VICTOR PEREZ PETIT

Ex-Libris de
GISLENO AGUIRRE

Carátula de
V I E Y T E S

7571

LIBRERIA "BLUNDI"

Cerro Largo 1004

Teléfono 9 50 30

Montevideo - Uruguay

176



A SOFIA CORREA,

porque supo ser la madre que yo necesitaba.

Por su ternura, que restañó mis tristezas.

Por su tristeza, que incubó mis rebeldías.

S. J. G.

Treinta y Tres, 1935.

FUNDACION CIPFE
Banco Solidario de Libros Juveniles
"RESCATALIBROS"
Maldonado 1677 - 413 33 82

A BLANCA,

*mi compañera en el esfuerzo y el
sueño, en la lucha y la esperanza.
A ella que, como yo, procede de la
entraña desgarrada del campo, y
conoce la raíz de su angustia y el
obstruído rumbo de su llama.*

Montevideo, 1942.

María L. de Lem Lavandini
20-XII-1963

1963

"T A C U R U S E S"

(Fragmentos de un estudio)

En Serafín J. García, la característica esencial es el ánimo revolucionario. A él ha llegado, evidentemente, porque entre las cardinales de su espíritu predomina, al lado de la observación de la realidad, el gusto de razonar las causas y los efectos. Estudiando al criollo de nuestros campos, al lado del cual ha vivido, ha creído advertir que la mayoría de sus predecesores, al pintar, no han hecho otra cosa que reproducir un tipo "standard", creado como de exprofeso para las novelas de todos los países y de todas las épocas. El gaucha que aparece en tales creaciones, en su sentir, es una figura de líneas elementales, siempre con el mismo rostro, cuyas ideas, al igual que sus vestimentas, responden a un patrón preestablecido. Para Serafín J. García, no todos los paisanos son Juanes Moreira; no todos obedecen a los mismos impulsos; no todos se producen en la vida de idéntico modo. Si el gaucha tradicional —el que nos han dado Ascasubi y Hernández, el que conocemos, aquí en el Uruguay, por la historia de las guerras de la independencia, y allá en la Argentina, por la historia de la conquista del desierto y las luchas civiles de Urquiza con el gobierno de Buenos Aires— es bravío, orgulloso, cruel, pendenciero, supersticioso, y con todo esto resignado, silencioso y acogedor, el gaucha de ahora, el que conoce el

autor de "Tacuruses", es un espíritu cazurro, desengañado ya de los políticos que le han metido en todos sus líos electorales y revolucionarios, influído también por las corrientes ideológicas que buscan echar abajo al latifundista, al patrón explotador y concupiscente, al comisario despótico y, con éstos, a los prejuicios sociales, éticos y religiosos. Hombre de ideas avancistas, muy adentrado en su siglo, Serafín J. García no ve entonces al gaucho de las patriadas, al esclavo de una divisa, y se desentiende del tipo tradicional, creyente en un Dios sin perjuicio de creer en las más burdas supersticiones, uncido a sus mañas y costumbres, a sus ideas viejas, a sus prejuicios de siempre; ve al hombre libre, al hombre nuevo en el que existe un fermento de rebeldía, el embrión latente de una protesta social.

Esta nueva concepción del alma gaucha es la que da un sello propio y original a la poesía de nuestro autor. En "Orejano" está inconfundiblemente pintado el nuevo gaucho de Serafín J. García:

*Yo sé qu'en el pago me tienen idea
porque a los que mandan no les cabresto;
porque dispreciando las güeyas ajenas
sé abirme caminos pa dir ande quiero.*

*Porque cuando tengo que cantar verdades
las canto derecho nomás, a lo macho,
aunqu'esas verdades amuestren bicheras
ande naide creiba que hubiera gusanos.*

*Porque cuando truje mi china pal rancho
me olvidé que hay jueces p'hacer casamientos,
y que nada vale la mujer más güena
si su hombre por eya no ha pagao derecho.*

*Porque a mis gurises los he crio infieles
aunqu'el cura grite qu'irán al infierno,
y digo ande cuadre que pa nada sirven
los que sólo viven pirinchando el cielo.*

*Porque aunque no tengo ni en qué cairme muerto,
soy más rico qu'esos que agrandan sus campos
pagando en sancochos de tumba reseca
al pobre pión qu'echa los bofes cinchando.*

Este espíritu de rebeldía que anima al poeta, y que él se complace en trasladar a los sujetos de sus composiciones, halla a veces, cuando la verdad manifiesta de una injusticia de la ley o de los hombres nos hiere el ánimo, acentos realmente conmovedores. Así en la poesía "Justicia", en la cual se nos representa la prisión y castigo de un pobre paisano que, despedido por su patrón "por cuestiones de pelos", anda rodando de estancia en estancia en procura de trabajo y, no lográndolo, vencido, desesperado, hambriento, roba una oveja para darles de comer a sus hijos. La justicia de los hombres, blanda y acomodaticia con los poderosos, es cruel e implacable con los pobres. Por eso no atiende razones ni considera la distinta situación del gaucho desamparado y del estanciero rico. Es lo que viene a decirnos el poema:

*Ni qu' el dueño'e la oveja que robara
tenía la burra rebosando'e libras,
y una punta d'estancias tan pobladas
que ni él mesmo su hacienda conocía.*

*Y qu' en cambio en el rancho del paisano
—un sucucho sin juego y sin abrigo—
yoraban tres gurises inocentes
galguiando de hambre y erisaos de frío...*

El mismo afán de perseguir las torpezas y errores cometidos por los hombres que todo lo someten al “qué dirán”, lastimándose ellos mismos a veces en sus más hondos afectos, es el que conduce la pluma que escribió “Castigo”. Describese nos aquí la desesperación de unos padres cuya hija ha alzado el vuelo con el hombre a quien había dado su cariño. Y el vengador arranca de este modo:

*“¡Amuélensén! ¿Quién los mandó ser brutos?
¡Lo qu'hisó la gurisa'stá bien hecho!
¿O se pensaron que por ser sus padres
le podían gobernar los sentimientos?”*

Censura que pretendieran imponerle a la muchacha un rico casamiento, contrariando los impulsos del corazón, y que buscaran traerla al camino de la obediencia con reproches, gritos y azotes. Y termina:

*“¿Que procedió com'una sinvergüensa
porque quiso ser libre y rompió el cepo?
¡Hubiera sido pior que se vendiera
por unas vacas o un puñao de pesos!”*

Pero donde el estro de Serafín J. García alcanza la nota aguda de su rebelión contra los principios sociales es en su “Ejemplo”, una de las más bellas y originales poesías de “Tacuruses”. Aquí el poeta nos representa la situación de un padre que toma conocimiento de la falta cometida por su hija. En vez de irritarse y producirse en un turbión de reproches y maldiciones, al descubrir el deshonor que macula su hogar, este gaucho nuevo —exento de prejuicios, amo de su conciencia, comprensivo de todas las cosas de la vida— acoge en sus brazos a la pecadora y le dice varonilmente, sin vacilar un punto:

*“Venga p'acá m'hija, no me tenga miedo;
venga, que su tata no va'castigarla
ni va'echarle'n cara tampoco lo qu'hisó,
porque sabe cierto que no jué por mala.
Ya basta de yantos. Miremé de frente.
No tenga vergüensa de amostrar la cara,
que no es un delito darse por cariño,
y sentirse madre no es nunca una falta”.*

.....

Como se ve, el poeta sustenta aquí la misma doctrina que defiende el conocido drama de Florencio Sánchez “Nuestros Hijos”: “La maternidad nunca es un delito”. El obscuro y anónimo gaucho de esta poesía reproduce ideológicamente al señor Díaz, padre de Mecha, partidario y propagandista de la soberana libertad del amor. Colocado en igual situación, tiene en los labios las mismas palabras. Y en verdad, nos resulta más real este tipo que el presentado por el dramaturgo, porque si cuesta algún esfuerzo

comprender, así, de buenas a primeras, que un padre acoja tan frescamente la noticia del deshonor de su hija —por lo menos en el primer momento, antes que la reflexión llegue con la serenidad del ánimo—, aquella comprensión nos es más fácil tratándose de un pobre paisano que no de un culto señor, por entusiasta que sea de las ideas avanzadas. Si la flaca moral del medio campesino explica al gaucho de Serafín J. García, el medio social en que vive el señor Díaz, la educación y los sentimientos que rigen su individuo, tienen que rebelarse contra un acto que, si bien es producto de una ley de la naturaleza, viene a mancillar de súbito la imagen poco menos que santa que en su conciencia representa la idea de su hija, la carne de su espíritu. Después, pasado el primer escozor del instinto lastimado, tomará su desquite el libertario, y ensayará la defensa de su hija burlada, y hasta se opondrá a un matrimonio que no responde al acuerdo de los corazones sino a la necesidad de satisfacer las prácticas sociales. Por lo demás, las reflexiones que se hace el gaucho de “Ejemplo” son muy exactas y muy poéticas también.

Pero más verdad, más realidad vivida, más humanidad, en fin, encierra la siguiente poesía, la que lleva por título “Hombrada”. En ésta sí habla el mismísimo corazón sangrante del padre. La hija burlada ha muerto, y los que provocaron su muerte, con sus comentarios y desprecios, han venido hipócritamente a ofrecer sus condolencias al triste padre y a recoger asunto para nuevos chismorreos. Entonces el hombre, lastimado en su fibra más honda, estalla en una tormenta de improperios, de reproches, de acusaciones que resuenan con la grandeza épica que tienen las desatadas cóleras del mismísimo Rey Lear:

*“¡Mándensén mudar tuitos a la puta!
¡No quiero sabandijas en mi rancho!
¡P’aguantarle los secos a la pena
no precisa’e culeros el qu’es macho!*

*¡Vamos! ¡Juera de aquí, manga’e trompetas!
¡No esperen que los saque a rebencasos!
¡A mentir a otro lao! ¡A mí esas lástimas
sólo consiguen enyenarme de asco!*

*¡Si m’hija jué pa ustedes una pluma!
¡Si ustedes fueron los que la mataron
a juersa’e picotiar en su conduta
como en la oveja cáida los caranchos!*

*¡Dispués qu’eya, la pobre, tuvo el hijo,
como a perra sarnosa la cuerpiaron!
¡Jué una brosa nomás, una largada!
¡Sólo sirvió pa risa y pa estropajo!*

*¡Ninguno se acordó qu’eya era güena
—un alma’e Dios que a naidas hiso daño—,
y aguantó la infelis, com’una marca,
el disprecio safao de tuito el pago!*

*¡Su nombre recorrió las pulperías
manosiao y babiao por los borrachos!
¡Jué la farra’e las chinas en los bailes
y en las ruedas de mate de los ranchos!*

*Y aura que ya murió la pobrecita,
cansada de vivir hecha un pingajo,
¿tienen coraje pa venir’tuavía
a lechuciar ande la’stoy velando?*

*¡Mándensén mudar tuitos! ¡Machos y hembras!
¡Aquí ya no hacen falta los caranchos!
¡A campiar a otro lao carnisas frescas
ande se puedan empachar pulpiando!*

*¡Juera de aquí, sotretas! ¡No me han óido?
¿Tán esperando que los curt'a laso?
¡Aquí ya'sta de más la chamichunga!
¡Ya no hay a quien sangrar en este rancho!*

*¡Juera de aquí! ¡Si pa velar su cuerpo
y darle sepoltura yo me basto!
¡Si no precis'agayas emprastadas
p'apechugar las penas el qu'es macho!"*

Yo no conozco en toda la literatura gauchesca —y acaso tampoco en la otra— nada tan grande, tan varonil y hermoso. Esa es la esencia misma del dolor transformado en palabras. Esa es la indignación santa de un corazón entero convertida en correas de látigo vengador. Así siente un corazón herido en lo más puro y santo de sus afectos; así aúlla el lobo lastimado, el bravío instinto que el ser humano lleva dentro, por humilde que sea. La rebeldía del obscuro gaucho que no ha tenido en la tierra más tesoro que aquella hija, ahora perdida para siempre, es de las que inclinan a reverencia. Entonces, poco importan las palabras malsonantes, las repeticiones —trasunto del temblor del ánimo—, los apóstrofes hilvanados incoherentemente por la rabia. Todo eso es verdad, es humano y es estupendamente bello. Todo eso no le cede ni una línea a las más efectistas y concertadas invectivas de los mejores retóricos, a las palabras altisonantes y encendidas de los grandes

trágicos. Si para su fama de poeta Serafín J. García no tuviera otro título que el de autor de la poesía "Hombrada", él le sobraría aún para prestar gloria a todos sus compañeros. Aquí no se advierte el propósito de aparecer revolucionario. Aquí no hay 'chiqué' ideológico ni literatura barata. El tema que se nos presenta es una justificadísima protesta contra la maledicencia y la perversidad, que se ceban en el dolor de un semejante sin buscar provecho o beneficio, sólo por ese placer enfermizo de hablar mal de alguien, de traer y llevar chismes, de hacer daño por el gusto de hacerlo. Ocio sin dignidad alguna, el comadreo saca a luz, más que los vicios y errores ajenos, la bajeza del alma del que, incapaz de herir de frente, lo hace por la espalda, con palabras más punzantes que puñales y comentarios más corrosivos que el veneno. Entonces, por duros que sean los calificativos y denuestos que se apliquen a los murmuradores, nunca serán bastantes para castigar el delito que cometen.

Después de "Ejemplo" y "Hombrada" hay que mencionar "Oración". Las tres poesías desarrollan tres etapas distintas de la historia de un alma, y vienen a constituir así una especie de tríptico poético, cuyo valor y significación no han de escapar a la inteligencia de nadie. En la primera poesía, observamos el panorama espiritual de un padre que descubre el estado de gravidez de su hija, y dando muestras de una moral humana, cimentada en las leyes ineludibles de la naturaleza, perdona lo que la moral corriente denomina un pecado o una vergüenza, y que, para los que poseen un conocimiento más hondo de la vida, es tan sólo un asalto irresistible del instinto. En la segunda poesía, la hija que ha transgredido las "conveniencias socia-

les”, dando a luz una criatura sin el previo consentimiento de un sacerdote y del oficial del Registro Civil, ha muerto envenenada por el comadreo de todo el pago, por las bur-las de borrachos de pulpería y los desprecios del chinerío zafado de los bailes; y así es como se nos pinta un nuevo estado de conciencia del desdichado padre, ya erguido bajo el imperio de la más santa indignación para arrojar de su lado a los que vienen a contemplar su dolor y a regocijarse con él. Y en la tercera poesía, “Oración”, se nos re-presenta el último y más amargo espectáculo de esa conciencia tan brutalmente castigada por el Destino: el hombre, víctima de una potencia arcana y desconocida, no hallando justificación a la muerte de su criatura adorada —“un alma’e Dios que a naides hiso daño”—, se alza rebelde, acuciado por la inmensidad de su pena, para blasfemar. Es una composición terrible, que sangra como un corazón, que fosforea relámpagos de sacrilegio. Cuando Almafuerte, en “Trémolo”, se levanta para increpar al que pudiendo hacer perfectos a los hombres los hizo falibles, y pudiendo darles la felicidad sólo los llenó de tristezas y amarguras, clamando: “¡No mereces ser Dios!”, no lo hace con más humano dolor y con más encendidas palabras que Serafín J. García al poner en boca del oscuro gaucha su tremenda acusación:

*“Tata Dios: yo no dudo que siás juerte;
que gobernés vos solo tierra y cielo;
que a tu mando se apague’l rejucilo
y se amanse’l más potro de los vientos.*

*No dudo que haygas hecho esas estreyas
que sirven de candiles a los sueños,*

*y p’aliviar el luto de la noche
riendas la luna en su reboso negro.*

.....
*Pero dudo’e tu amor y tu justicia,
pues si juera verdá que sos tan güeno
no te hubieras yevao aqueya vida
qu’era pa mí más grande que tu cielo.*

*¡Vos sabés, Tata Dios, cómo la quise!
Eya jué’l sol que amaneció en mi pecho;
por eya tuvo primavera mi alma
y echaron alas mis mejores sueños.*

.....
*¡Y era tan güena, Tata Dios! . . . ¡Tan güena! . . .
Nunca un rencor se cubijó en su pecho.
Pa tuitos tuvo un corasón sin trancas,
rebosao de ternuras y de afetos.*

*Y creyó siempr’en vos. Tuitas las noches
s’endulsaba en su boca el Padre Nuestro,
mientras su almita’e pájaro aletiaba
ofertándose entera en cada reso.*

*¡Y tuviste coraje pa matarla!
¡No pensaste que yo tamién juí güeno,
que no meresco este dolor que sangra
la herida siempre viva’e su ricuerdo!*

*¿Cómo no viá dudar de tu justicia?
¿Cómo viá creer que tengas sentimiento
si vos, provalcido de tu juersa,
nos quitás siempre lo que mas queremos?*

*¿Pa qué nos diste corasón, entonce’?
¿Pa qué nos esigís que siamos güenos,
si nes encariñás con este mundo
y en él ponés nomás que sufrimientos?*

*¿Cres que consuela tu promesa’e gloria?
Si aquí and’hemos nacido, ande queremos,
nos negás el derecho’e ser dichosos,
¡no sé pa qué nos va’servir tu cielo!”*

En esta formidable requisitoria trasciende la inquietud filosófica del propio autor, no obstante la realidad humana de su protagonista y la concertada lógica de su protesta. El problema del destino del hombre —del criollo, del humilde paisano de nuestros campos— palpita constantemente entre las páginas de “Tacuruses”. Y es que Serafín J. García, enfrentado a las miserias de la vida, contemplando la dura lidia de la hormiga humana con las tremendas fuerzas que la asaltan, ha comprobado lo inconmensurable de su dolor y su esfuerzo. Sin pensar, acaso, en el fatalismo —tal como lo entendían los psicólogos griegos—, y sin especular en torno a la doctrina de la predestinación —que admitieron muchos teólogos y encendió la prédica del mismo Lutero—, no hay duda de que una profunda corriente de ideas metafísicas trabaja el ánimo de nuestro poeta. Así aparece claramente en su poesía “Lechusa”,

cuando, después de comprobar que es un ave infeliz —fea con sus ojos amarillos, su pico curvado, sus patas torcidas, su aire “sanguango y desabrido” y su grito nunciatorio de muertes y desdichas—, a la que todos persiguen, a la que todos maldicen, concluye:

*“¿Qué destino amolao! ¡Sin un delito
y a matreriarle al chumbo condenada!
¡Sólo porque Dios t’hisó fiero y triste
y te negó la cenca’e las calandrias!*

*Hay hombres como vos. Naides los quiere.
Son como oveja negra en la majada.
Y más pobres que vos, más infelices,
porque pa juirle al mal, ¡carecen de alas!”*

Tal comprobación no nos enredará, por supuesto, en el clásico pleito del “determinismo” y el “libre arbitrio” —que el vate no ha pensado nunca, tal vez, en las diferencias que existen entre el fatalismo y la predestinación, entre la libertad de la conciencia y el principio de “causalidad”—; pero sí nos obliga a establecer que de esa noción cósmica que el poeta posee del sufrimiento sobre la tierra deriva todo el amargo pesimismo que fluctúa sobre su poesía. Este es el que da, más que un contorno de artística amargura a sus ideas, esa energía protestadora y combativa a su pensamiento. La teoría de la “infelicitá” de Leopardi se ha infiltrado, como un agua subterránea, en su jardín lírico, y, desde ese punto, no pudieron ya florecer en él sino lúgubres asfodelos y sangrientas amapolas. Nada debe, pues, sorprendernos lo que Serafín J. García nos dice de sí mismo:

*“Yo soy afeto a la melancolía,
amigo d'emponcharme'n el silencio
pa rondar amarguras escondidas...”*

Sus ojos han visto el dolor y la miseria de la criatura humana, y al buscar las palabras que tradujeran su emoción, sintió en la boca el amargo del eléboro. A nuestra vez, leyendo sus versos, experimentamos la angustia de cruzar a solas un campo entenebrecido de noche, sin el consuelo de la luz lejana de un rancho en nuestro rumbo ni el parpadeo amigo de una estrella en el cielo.

Víctor Pérez Petit.

PRIMERA PARTE

A L V E R T E N C I A

Sobre'l lomo potro de mi campo crudo
—que nunca ha sentido de un arao la marca—,
prontos pa meyarles el filo a las rejas
estos altaneros tacuruses se alsan.

Son como celosos troperos que rondan,
engüeltos en ponchos de chilcas bagualas,
la tropa orejana de mis pensamientos,
mis libres ideas, mis chúcaras ansias.

Brujones que prueban el tiemple del campo,
perebas en ruda machés levantadas,
que son pa mi orguyo lo qu'es pal de un gaucho
el surco que le abre de frente una daga.

Por eso al que quiera crusar los potreros
sin triyos que tiene la estancia de mi alma,
le alvierto que debe tranquiluar muy dispacio
si quiere librarse de alguna rodada...

E J E M P L O

Venga p'acá, m'hija, no me tenga miedo:
venga, que su tata no va'castigarla
ni va'echarle'n cara tampoco lo qu'hisó,
porque sabe cierto que no jué por mala.
Ya basta de yantos, miremé de frente,
no tenga vergüensa de amostrar la cara,
que no es un delito darse por cariño
y sentirse madre no es nunca una falta.
Venga y déame un beso. Su tata comprende
que usté ha cáido, m'hija, lo mesmo que tantas
que siendo inocentes, humildes y güenas,
s'entriegan enteras, en cuerpo y en alma.

Moso él, usté mosa, los dos juertes, sanos,
yenitos de vida ricién aclarada,
no vido él querencia mejor que sus brazos
ni usté sol más lindo qu'el de sus miradas.
Campiando ese cielo que tuitos campiamos
yevando'e baquianas a las esperansas,
creyeron hayarlo juntando sus bocas
y prendieron besos pa que s'estreyara.
Vino la dentrada de la primavera;
lucieron los cardos sus flores moradas;
bordonió el sumbido de los mangangases
y hubo contrapuntos de roncás chicharras.
Nació en los yuyales un aroma nueva
qu'el viento, travieso, mojó en las cañadas;
rosaos macachines garugó l'aurora
y en los espiniyos colgó el sol sus brasas.
Se oyó en las cuchiyas relinchar los potros
que'iban retosando tras de la yeguada;
y olfatiando el aire, y escarbando el suelo,
con ansia salvaje baló la torada.
Se vido a los pájaros andar en parejas,
juntitos los picos, abiertas las alas,
amostrando a tuitos su amor baruyento,
madurao a cielo, sol desnudo y alba . . .
Y ustedes sintieron juego en las alterias;
Cada beso, entonce', jué com'una brasa;
les hirvió por dentro la juersa'el istinto
y asina cumplieron la ley más sagrada.
¡No yore, canejo! ¡Si Tata Dios hiso
al macho y a la hembra pa que se ajuntaran,

y el cristiano, mesmo que cualquiera bicho,
debe hacer las cosas que Tata Dios manda!
No l'importe, m'hija, qu'el pago mermure
y ensucén su nombre los que la cren mala.
¡Más piores son esas que matan sus crias
pa poder asina seguir siendo honradas!
Cuando nasca su hijo, ¡que lo sepan tuitos!:
¡mamará en sus pechos, dormirá en su falda;
será su cachorro nomás, ande quiera,
pues ser madre, m'hija, no es nunca una falta!

H O M B R A D A

¡Mándensén mudar tuitos a la puta!
¡No quiero sabandijas en mi rancho!
!P'aguantarle los secos a la pena
no precisa'e culeros el qu'es macho!

¡Vamos! ¡Juera de aquí, manga'e trompetas!
¡No esperen que los saque a rebencasos!
¡A mentir a otro lao! ¡A mí esas lástimas
sólo consiguen enyenarme de asco!

¡Si m'hija jué pa ustedes una pluma!
¡Si ustedes fueron los que la mataron
a juersa'e picotiar en su conduta
como en la oveja cáida los caranchos!

¡Dispués qu'eya, la pobre, tuvo el hijo,
como a perra sarnosa la cuerpiaron;
jué una brosa nomás, una largada;
sólo sirvió pa risa y pa estropajo!

¡Ninguno se acordó qu'eya era güena
—un alma'e Dios que a naidas hizo daño—,
y aguantó la infelís, com'una marca,
el disprecio safao de tuito el pago!

¡Su nombre recorrió las pulperías
mansiao y babiao por los borrachos;
jué la farra'e las chinas en los bailes
y en las ruedas de mate de los ranchos!

Y aura que ya murió la pobrecita,
cansada de vivir hecha un pingajo,
¿tienen coraje pa venir tuavía
a lechuciar ande la'stoy velando?

¡Mándensén mudar tuitos! ¡Machos y hembras!
¡Aquí ya no hacen falta los caranchos!
¡A campiar a otro lao carnisas frescas
ande se puedan empachar pulpiando!

¡Juera de aquí, sotretas! ¿No me han óido?
¿'Tan esperando que los curta'laso?
¡Aquí ya'stá de más la chamichunga!
¡Ya no hay a quien sangrar en este rancho!

¡Juera de aquí! ¡Si pa velar su cuerpo
y darle sepultura yo me basto!
¡Si no precisa agayas emprestadas
p'apechugar las penas el qu'es macho!

O R A C I O N

**Tata Dios: yo no dudo que siás juerte;
que gobernés vos solo tierra y cielo;
que a tu mandao se apague'l rejucilo
y se amanse'l más potro de los vientos.**

**No dudo que haygas hecho esas estreyas
que sirven de candiles a los sueños,
y p'aliviar el luto de las noches
priendas la luna en su rebozo negro.**

No dudo que sías vos el que le puso
al colmiyo'e la víbora el veneno;
el que afiló las uñas de los tigres
y le dió juersa'l pico de los cuervos...

Pero dudo'e tu amor y tu justicia,
pues si juera verdá que sos tan güeno
no te hubieras yevao aqueya vida
qu'era pa mí más grande que tu cielo.

Vos sabés, Tata Dios, cómo la quise.
Eya jué'l sol que amaneció en mi pecho.
Por eya tuvo primavera mi alma
y echaron alas mis mejores sueños.

Eya era linda como las mañanas
cuando dispiertan yenas de gorjeos;
alegre como el ruido'e las colmenas;
graciosa como el'unco'e los esteros.

¡Y era tan güena, Tata Dios!... ¡Tan güena!
Nunca un rencor se cubijó en su pecho.
Pa tuitos tuvo un corasón sin trancas
rebosao de ternuras y de afetos.

Y creyó siempre'n vos: tuitas las noches
s'endulsaba en su boca el Padre Nuestro,
mientras su almita'e pájaro aletiaba
ofertándose entera en cada reso.

¡Y tuviste coraje pa matarla!
¡No pensaste que yo tamién juí güeno,
que no meresco este dolor que sangra
la herida siempre viva'e su ricuerdo!

¿Cómo no viá dudar de tu justicia?
¿Cómo viá crer que tengas sentimiento
si vos, provalecido de tu juersa,
nos quitás siempre lo que más queremos?

¿Pa qué nos diste corasón, entonce'?
¿Pa qué nos esigís que siamos güenos,
si nos encariñás con este mundo
y en él ponés nomás que sufrimientos?

¿Cres que consuela tu promesa'e gloria?
Si aquí and'hemos nacido, ande queremos,
nos negás el derecho'e ser dichosos,
¡no sé pa qué nos va'servir tu cielo!

O R E J A N O

Maná Lee Luis Lauerstein

Yo sé qu'en el pago me tienen idea
porque a los que mandan no les cabresto;
porque dispreciando las güeyas ajenas
sé abirme caminos pa dir ande quiero.

Porque no me han visto lamber la coyunda
ni andar hociando p'hacerme de un peso,
y saben de sobra que soy duro'e boca
y no me asujeta ni un freno mulero.

Porque cuando tengo que cantar verdades
las canto derecho nomás, a lo macho,
aun'esas verdades amuestren bicheras
ande naide creiba que hubiera gusanos.

Porque al copetudo de riñón cubierto
—pa quien n'usa leyes ningún comisario—
lo trato lo mesmo que al que sólo tiene
chiripá de bolsa pa taparse'l rabo.

Porque no m'enyenan con cuatro mentiras
los maracanases que vienen del pueblo
a elogiar divisas ya desmerecidas
y'hacernos promesas que nunca cumplieron.

Porque cuando truje mi china pal rancho
me olvidé que hay jueces p'hacer casamientos,
y que nada vale la mujer más güena
si su hombre por eya no ha pagao derecho.

Porque a mis gurises los he criado infieles
aunqu'el cura grite qu'irán al infierno,
y digo ande cuadre que pa nada sirven
los que sólo viven pirinchando el cielo.

Porque aunque no tengo ni en qué cáirme muerto
soy más rico qu'esos que agrandan sus campos
pagando en sancochos de tumba reseca
al pobre pión, qu'echa los bofes cinchando.

¡Por eso en el pago me tienen idea!
¡Porqu'entre los ceibos estorba un quebracho!
¡Porque a tuitos ojos les han puesto marca
y tienen envidia de verme orejano!

¿Y a mí qué m'importa? ¡Soy chúcaro y libre!
¡No s'go a caudiyos ni en leyes me atraco!
¡Y vo' por los rumbos clariaos de mi antojo
y a nades preciso pa ser mi baquiano!

J U S T I C I A

Como manada'e perros cimarrones
cuando topa una res flaca y sin juersas,
lo cargó entropiyao el milicaje
sin darle tiempo ni a maniar la oveja.

Y los corvos ganosos se cimbraron
en el lomo del gaucho,
mientras juía trepada en el pampero
la vos enronquecida'el comisario.

Atao con maniator de cuero crudo
po'abajo'e la barriga del cabayo,
tosiendo sangre, reventao a golpes,
pa las guascas después con él tocaron.

Del pescueso en la barra
pasó la noch'entera,
judiao po'el cuartelero, que al sentirlo
clamar de sé, le daba una salmuera...

Y al otro día un juez empalagoso
s'esplayó hablando'e leyes y delitos,
y a la sombra mandó que lo tuvieran
una punta de meses, por castigo.

No tuvo en cuenta qu'el caudiyo'el pago,
por cuestiones de pelos,
lo había echao al paisano de su estancia,
and'estaba ganándose'l puchero.

Ni qu'el hombre, campiendo otro conchabo
sin poder conseguirlo,
había yegao al punto'e rebajarse
mendigando una achura pa sus hijos.

Ni qu'el dueño'e la oveja que robara
tenía la burra rebosando'e libras,
y una punta d'estancias tan pobladas
que ni él mesmo su hacienda conocía.

Y qu'en cambio en el rancho del paisano
—un sucucho sin juego y sin abrigo—
yoraban tres gurises inocentes
galguiando de hambre y erisaos de frío...

C A S T I G O

¡Amuélensén! ¡Quién los mandó ser brutos?
¡Lo qu'hisó la gurisa'stá bien hecho!
¿O se pensaron que por ser sus padres
le podían gobernar los sentimientos?

Si eya juyó siguiendo al que quería
la culpa jué de ustedes, ¡qué canejo!
¡Aguanten el sogaso sin lomiarse
y apriendan pa otra ves no errar tan fiero!

Porqu'el moso era pobre y no podía
ofrecerle más nada que su afeto,
le trancaron la puerta en las narices
dispués de destratarlo como a negro.

¿Qu'importaba que juese'l preferido
si carecía de mentas y dinero,
y a la gurisa ustedes la querían
p'hacer negocio con su casamiento?

Creyeron que meniándole garrote
y hablándolé de honestidá y respeto,
iban a conseguir qu'escarmentase
y arrancase de su alma aquel afeto.

¿Inoraban de juro que al cariño
naide es quién pa quitarle sus derechos,
que no agarra po'el triyo que l'endálgar
ni acata leyes, porqu'es ley él mesmo?

¡Pucha! ¡Hay que ser escaso de carcume
pa no cáir en la cuenta'e que van muertos
los que cren que se puede asujetarlo
metiéndose al torsal en sus deseos!

¿Que la gurisa al dirse jué una ingrata?
¡Tan muy enquivocaos! ¡Tenía el derecho
que tienen tuitos de vivir su vida
y si voló del nido jué por eso!

¿Que procedió com'una sinvergüensa
porque quiso ser libre y rompió el cepo?
¡Hubiera sido pior que se vendiera
por unas vacas o un puñao de pesos!

¡Amuélensén! ¡Lo que les acontece
les está bien empliao por avarientos!
¡Aguanten el sogaso sin lomiarse
y apriendan para otra ves no errar tan fiero!

E S C A R M I E N T O

¿Sabe por qué me sucuché'n mi rancho
y vivo huraño y solo com'un bicho?
Porque ya tengo'e sobra con las cosas
qu'en el trato'e los hombres he aprendido.

Riencita lindaba con los veinte
cuando salí'e mi pago,
vacido el tirador, pero de sueños
y de esperansa el corasón ricaso.

Creiba entonce' que tuitos los caminos
me tironiaban pa que los siguiera,
y qu'en la punta de cadauno d'eyos
había un mundo mejor que mi querencia.

Se me hacía robo qu'iba'topar gente
más güena y más derecha,
que si por un casual caiba en disgracia
m'iba'amparar sin indagar quién era.

Como había óido decir, cuando cachorro,
que a tuitos Tata Dios nos hiso iguales,
y véia qu'en mi pago no era asina
porque había siempre diferencia'e riales,

carculaba que diéndome hayaría
lo que me cencerriaba la esperansa:
un pago ande los hombres
a juersa'e corasón s'emparejaran . . .

¡Pero di ande! ¡Si vide en tuitas partes
la mesma vida puerca qu'en mis canchas!:
los de arriba, viviendo pa eyos solos;
los de abajo, hermanaos por la disgracia.

Hombres que mientras'taban en el yugo
eran igual que güeyes de tan mansos,
y en cuanto pelechaban se golvían
los piores enemigos de los cáidos.

Y po'ande quiera gente fayutasa,
sin lialtá ni concencia,
amiga de adular y de cargarse
siempre pal lao del sol que más calienta . . .

¡Como p'andar en tratos con los hombres
dispués de lo qu'he visto!

¡Vale más sucucharse'n una cueva
y vivir apartao como los bichos!

D E F E N S A

Jué'n el monte, a la hora'e siesta.
Almariaba la fragancia de arrayanes y espiniyos.
Y en sus flores menuditas, los golosos mangangases
chupetiaban con angurria de gurises mal comidos.

'Taba'e fiesta el bicherío: cardenales y sabiases
retosaban, picotiando los cambuises renegridos;
con cuscuses amorosos se yamaban las torcasas
y el sol fréia las chicharras en los secos espartiyos.

En la oriya'e la laguna las mojaras, en cardume',
amostraban a flor de agua su platiao escamerío,
y los tábanos hambrientos, atisaos por el mormaso,
se crusaban desinquiotos, mesturando sus sumbidos...

Jué'n el monte, a la hora'e siesta.
Nos topamos casualmente, por antojo del destino.
N'hubo un ape de malicia ni de cárculo en aqueyo.
El culpable de tu cáida no es más naide qu'el istinto.

¿Te acordás? Vos, en cluquiyas a la sombra de un matáujo,
remangao hasta las corvas el percal del vestidito
y enseñando el espumiante puntiyaje de las'naguas,
palmetiabas unas ropas, talariando un estilito.

Yo, que había hecho munchas leguas de un tirón,
[apeligrando
con aquel solaso bruto agenciarme un tabardiyo,
dentré al monte pitanguiendo, p'apagar la sé del viaje
y dar tiempo a mi lobuno de tomarse un resueyito.

Y te vide, y en mi sangre
corcovió desatinada la potrada del istinto;
y mis ojos se pegaron como brasas a tus pechos
que s'hinchaban provocantes entre'l cepo del corpiño...

Vos tamién, ¿pa qué negarlo?, vos tamién ardiste yama,
como vibora el deseo s'enroscó en tu cuerpo lindo,
y jué asina que mesclamos, redepente, sin hablarnos,
el enjambre baruyento de tus besos y los míos...

Nos quisimos sin tapujos ni mentiras, cara al cielo,
baj'un sol que achicharraba la barbasa'e los blanquiyo,
y tuvimos pa querernos la inocencia de los pájaros
qu'endulsaron las caricias con la música'e sus trinos.

¿Por qué entonce'vos yorastes al salir d'entre mis brazos,
reprochándome'l haberte deshonrao y envilecido,
y me juís dende aquel día con el miedo con que juyen
las cachilas, cuando avistan un halcón ronciando el nido?...

S E P A R A C I O N

Tenés rasón, chirusa, yo compriendo
que no podés seguir viviendo asina.
Andá nomás ande otro amor más moso
te oferta el camuatí de sus caricias.

Aquí, a mi lao, la yama de tus ojos
s'está gastando al ñudo, entristecida,
y apretao en el nido de tu boca
se va'entumir el pájaro'e la risa.

No hacemos güena yunta, no podemos
seguir cinchando en vaca de la vida.
Los casales precisan ser parejos
pa que dure'l amor cuando se anidan.

Y el que formamos vos y yo es distinto.
Yo soy afeto a la melancolía,
amigo d'emponcharme'n el silencio
pa rondar amarguras escondidas...

Y vos, china, sos tuito lo contrario:
pa vos la vida es novedosa y linda;
tenés por corazón una calandria
que sólo sabe'l canto'e l'alegría.

¡Son tan desencontradas nuestras almas!...
La tuya es flor: precisa sol y avispas;
la mía es bicho'e lus: de día se apaga;
sólo de noche priende su estreyita.

Jué chambón el destino al apariarnos
pa tranquilizar en coyera por la vida.
No bastaba mi amor cansao y viejo
pa tu ilusión ricién amanecida.

¿A qué porfiar? Conviene más abrirnos.
Mi cerrazón es triste y aburrída,
y con el riego escaso'e mi ternura
se va'murchar tu mocedá florida.

Andá nomás ande otro amor te yama.
No hacen liga tu sol y mi niblina.
Dejá este rancho ande hasta la guitarra
se ha contagiao de mi melancolía...

Andá sin miedo y sin remordimiento.
Yo no viá'erte ni un reproche, china.
Si ninguno'e los dos tiene la culpa,
¿pa qué agriar de rencor la despedida?

R E C L A R A N D O

Asina jué, don Jues, yo se lo afianso.
No se vaya'pensar que soy como esos
que les untan la mano
pa que reclaren cosas que no vieron.
Li hablo con propiedá, sin añidirle
ni mesquinarle ni un chiquito al hecho.
Sé cuála jué la causa de la güeva
y no la ñego aunque m'encajen preso.
El pique vino por cuestión de coimas:
usté sabe que dende qu'el pulpero
lo encargó'e las jugadas al coquimbo
el comisario no había visto un peso.

Y tampoco no inora
que tuito el día se tiraba el güeso,
y al monte y la primera, noche a noche,
caiba el gauchaje de capincho yeno.
¡Dejuro! El hombre, con tamaño abuso,
andaba más hinchao que un sapo escuerso.
Cebao dende hace añares a las coimas,
no le sentó ni un poquitito aqueyo.
Y anoche, como vido que no estaban
ni el coronel ni usté'n el entrevero,
le gustó p'agarrarnos de sospresa
y embarrarle'l pastel al forastero.
'Taba la indiada'e chamamé corrido:
tayaba el entenao de don Ruperto
y había un piernaje flor en el apunte,
d'esos que no se casan con los pesos.
Ni los mismos caranchos habían óido
ruido de corvos ni toriar de perros
cuando el cuicaje nos ganó la puerta
y se sintió gritar: "¡'Tan tuitos presos!"
¡Viera usté qu'esparramo
de naipes y de latas por el suelo!
Era cosa de réirse, li asiguro.
Naide atinaba'nada con el sebo.
El comisario echó p'atrás el poncho
y se le jué a las barbas al ajeno,
diciendo qu'iba'des!omarlo a palos
pa que aprendiera'respetá'el gobierno.
Pero el moso, curtido como él solo,
retrucó muy orondo, sonriyendo,

que no era po'el gobierno l'amenasa
sinó qu'estaba l'ambición por medio.
Y letrao y de lengua más sobada
que cuero pa badana, el forastero
comensó a encarrerarle unas verdades
que lo dejaron atorao y ardiendo.
Usté sabe qu'el moso tiene mundo;
que cuando cayó aquí venía de adentro;
que jué tropero una ponchada de años
y hasta contrabandista, sigún creo.
Lo cierto jué que lo tapó a razones
y entonce'l otro, en nombre del gobierno,
pa concluir di una ves con el asunto
le descansó en las guampas el talero.
Lo demás ya lo sabe: un salto'e tigre,
el rejucilo di un facón certero,
una mojada sola pero cumba
y un preso más ¡y un arbitrario menos!

SEGUNDA PARTE

H E M B R A

Pa dentarme'n el alma juiste artera y mañosa.
M'engrapastes a juersa de tarimba y carpeta.
Con dispacio y baquía, como quien cincha'l monte,
preparaste la trampa pa embretar mi soncera.
A ocasiones mansita como yegua'e piquete
y a ocasiones lo mesmo que un venao de matrera;
di a ratitos tristona, redetida en suspiros,
y otras güeltas beyaca, negadora y perversa;
rebenquiando ese cuerpo cimbrador com'un'unco
—and'hicieron tuititas mis miradas querencia—,

y enyendo'e promesas esos ojos dañinos
que almarean más juerte que la mesma giñebra,
pecho adentro, di a poco, te me juiste ganando,
sin temor de qu'el güeso se pudiera dar güelta,
pues jugándola en vaca con mandiga, ¡dejuero!,
cualquier cancha te sirve y ande quiera echás güena.
Pa la trensa del laso que pialó mi cariño
desbarbaste los tientos con prolija destresa.
¡Baquianasa la china! ¡Ni campiendo a candiles
s'encuentra otra que sirva pa empardarte siquiera!
Yo, asonsao por tus tretas, no patié la celada;
m'enredé'n tus mentiras de mujer caborterera;
y en mi rancho de adobe, muchas noches oscuras,
p'alumbrarme p'adentro tu ricuerdo ju'estreya.
Te desiaba y te véia po'ande quiera que juese;
cuanti más vos me juías yo te creiba más cerca;
bien a láito'e mi catre, cuando el sueño lerdiaaba,
'taban siempre tus ojos aguaitando mi pena...
Y a la larg'aflojastes. Y te truje a mi rancho
carculando que traiba lo mejor de la tierra.
Y tu boca jué chica pa potrero'e los besos
que salían en tropiyas de mi boca sedienta.
Pero vos pastoriabas la ocasión pa burlarte,
pa encajarme las patas como mula mañera.
¡Pucha, ustedes las hembras son pal hombre más piores
que manada de chanchos cuando dentra'la güerta!
Ya cumpliste tu gusto. ¡Podés dirte, canejo!
¡Por respeto al cuchiyo no te tuso a lo yegua!
¡Rejuntá tus percales y marcháte'n seguida
d'este rancho, que al ñudo quiso ser tu querencia!

¿Qu'esperás? ¿Cres dejuero que no aguanto la marca?
¡Si mujer de tu laya po'ande quiera s'encuentra!
¡Podés dirte tranquila: tengo juersa'entuavía
y me sobran rodajas pa domar una'usencia!
¿Y aura? ¡Güé! ¿Tas yorando? ¡No faltaba más qu'eso!
¿Arricién te das cuenta que no sirve ser puerca?
Te metés'hacer barro pa dispués remorderte
y amolar con tus yantos. ¡No negás que sos hembra!

V I C H A N D O

Cerca'e mi rancho'e palo a pique crusa
la culebra pardusca de un camino
que trepa gambetiando a la cuchiya
y se pierde después en un bajío.

De a ratos, dibrusao en la tranquera,
yo me pongo a vichar a los que pasan;
a los que cren'tuavía en las promesas
y se dejan cinchar por las distancias.

Sé cuál es l'ansia que a cadauno d'eyos
le sirve de rodaja;
conosco la ilusión que los cuartea
y lo fayuto'e tuitas esas cuartas.

Y sé que al repechar uno'e los tantos
cuest'arribas que tiene la esistencia,
se han de sentir cansaos de andar sonciando
y, arrepentidos, han de dar la güelta.

Yo no compriendo por qué pucha el hombre
carcula siempre hayar la dicha lejos,
siendo que, si es qu'esiste, la yevamo
en lo projundo de nosotros mesmos.

Lo pior es que ricién nos damos cuenta
al dir yegando a viejos.
Cuando la vida nos ha güelto tristes
aprendemos ricién a ver p'adentro...

Yo tamién, cuando moso, rodé mucho;
me aburrí de oriyar los horisontes;
y juí dejando, en pagos siempre iguales,
las osamentas de mis ilusiones.

A juersa de porrasos juí aprendiendo
a querer el silencio y la tristesa,
y a encontrar las dulsuras escondidas
entre l'amarga cáscara'e las penas...

Aura tuitos mis días son de un pelo:
nada me tráin y no me yevan nada;
y voy escureciendo dispacito
sin sentir el tirón de las distancias.

Por eso, cuando vicho pal camino,
me da lástima ver esos cristianos
que pasan con tropiyas d'esperansas
y han de volver arriando desengaños.

S E C R E T O

¿Ti acordás, chirusa? Jué ya entre dos luces.
Vos'tabas parada contra la tranquera,
con los ojos fijos, clavaos en el cielo,
como pastoriando la primer estreya.

Echao a tus pieses cuchilaba el gato;
sobre la ramada cantaba un silguero;
mientras los gurises, tiraos entre'l pasto,
se daban, riyendo, güeltas de carnero.

Yo me juí arrimando con mira'e decirte
que dende hacía tiempo te andaba queriendo;
que me tenían loco tus trensas retintas,
el luto'e tus ojos, l'aroma'e tu cuerpo.

Pero al verme cerca s'his'humo el coraje;
de puro fayuta s'envaró mi lengua;
y después de mucho componerme'l pecho
te dije, temblando, ni sé qué simpleza.

Vos me retrucaste después di un ratito,
cuasi sin mirarme, con algo'e disprecio,
y tus dientes blancos como leche d'higo
mordieron con juria la punta'el pañuelo.

Quedamos cayáitos los dos, suspirando,
y asina'stuvimos, sin alsar la vista,
hasta que la noche se apió sobre'l campo
y apagó las últimas brasas del día...

Con pena y con rabia te dije adiosito,
y cuando, ya'l dirme, volví la cabeza,
vide que tus ojos'taban lagrimiendo
y que los bajabas como con vergüenza.

Quise entrepararme pero jué imposible
pues me rempujaba yo no sé qué juersa;
y seguí tranquiando derecho al palenque,
y al tranquiluar, yoraron por mí las espuelas...

Después... pa otros rumbos me cinchó el destino.
A campiar olvido juí de pago en pago,
armándole al ñudo la cimbra'e mis tristes
a la pena perra que m'iba matando...

Y aura que tus ojos son dos luces malas
que asombran mis negras noches de dolor,
ricordando aqueyo pienso: ¿por qué pucha,
desiando lo mesmo, cayamos los dos?

A R D I L E S

—¡Suel't'eso, mocoso! ¿Yo ya no l'he dicho
que no le permito jugar con mi lansa?
¡Si güelvo a pisparlo le viá untar el lomo
pa sacarle'l vicio de tocar las armas!
—¡Empréstela un rato nomás, tata viejo!
Yo no me lastimo. ¡Si ya sé agarrarla!
La otra ves anduve por matar con eya
al barcino grande que mordió la guacha.
—¡Pucha gurí artero! ¡Si yo lo descubro,
qué sumanta'e laso de mi flor se gana!

¿No ha de ver, canejo, qué falta'e respeto?

¿Cuándo va'cansarse de sacarme canas?

—¡Déamelá un poquito!

—¡No sea tan cargoso!

¿Qué diablo'e camote tiene con es'arma?

Vaya con los otros a chiviar ajuera

y no ande amolando. ¿Pa qué quiere lansa?

—Porque los gurises'tán tramaos en guerra

y si yo no dentro crerán qu'es de maula.

¿Verdá, tata viejo, que usté va'ser güeno

y vá'permitirme peliar con su lansa?

Los otros ya tienen espadas grandotas

hechas con los gajos de la palma cáida;

unos lasos cumbas de trensa d'envira

y hasta boliadoras de güeso, lindasas.

Los tres que son cuicos, p'hacerse divisa,

sacaron bayeta del patria de tata;

nosotros, a falta de trapos celestes,

hicimos tiritas el pañuelo'e mama.

Yo tengo prontito mi petiso sarco.

Aura sólo falta que me dea su lansa.

Y asina ya apriendo pa cuando sea moso

no pasar vergüensa si hay una patriada.

—¡Cáyese, inocente! ¡No hable d'esas cosas

que un jurí juicioso ni debe pensarlas!

¡Ya se jué aquel tiempo de la gente bruta,

que al ñudo, d'hereje nomás se achuriaba!

—¿Cómo? ¿No era lindo dir a las cuchiyas?

—Antes tal ves juera, muchacho; pero aura...

Antes tuitos eran piores que los tigres

y la honra del hombre'staba en sus agayas.

Aura ni matreros quedan en los montes
y el coraje mesmo cuasi ni hace falta,

porque los cristianos ya nacen tan mansos
que de las tacuaras sólo hacen picanas...

—¡Pero si la guerra s'hisó pa los hombres!

¡Si usté mesmo siempre me lo asiguraba

cuando, a boca'e noche, sentao junto al juego,

pa que me durmiera me subía en su falda!

¿Tan trascordao anda que ha olvidao los cuentos

de cuando era moso? ¿O es que ya chochiaba

cuando, hasta con pelos y señales, m'iba

contando la historia de cada patriada?

—No, si eran ardiles de viejo, muchacho;

mentiras que yo iba trensando con maña,

has'thacer con eyas una armada'e laso

pa pialarle'l sueño, cuando matreriaba...

—¡Ah! ¿Con qu'era asina? ¿Nunca jué a la guerra?

¡Qué vergüensa! Un hombre con tamaña barba!

Aura, de castigo, viá contar pa tuitos:

¡Tata viejo es maula! ¡Tata viejo es maula!

C U E R P I A D A

Sos cumba, chirusa: Tata Dios, p'hacerte,
tuvo la cachasa de parar rodeo
al lote de cosas más lindas del mundo
y a la tropa'e luces qu'empilchan el cielo.

Campió entre sus noches la más renegrada,
pulió su negrura con briyo'e luceros,
y en finas hebritas la jué deshilando
pa formar con eyas la mata'e tu pelo.

Mesturó tu carne con raspa de luna,
robó a los mimbrales gracia pa tu cuerpo,
y en ves de dos ojos prendió en tu carita
dos soles gurises emponchaos de negro.

Redochó su cencia p'hacer tus caderas;
con maña y esmero redondió tus senos;
y, tal ves po'el gusto de chasquiar avispas,
difrasó'e malvones tus labios de juego...

Sos cumba, no hay duda. ¿Pero'e qué te vale
si tenés el alma lo mesmo que un yelo,
si nunca una sola miajita'e ternura
te puso su chispa de vida en el pecho?

¡No sé pa qué pucha te sirve ser linda
si no hay en tu duro corasón un güeco
ande'l sentimiento se cuaje'n dulsuras
y se abra fragante la flor de un afeto!

Campiá otro más sonso. Yo no m'encalacro.
El briyo'e tus ojos no ahuyenta mi sueño.
¿O cres por si acaso que soy barbueta
pa dir a quemarme las alas en eyos?

¡Erraste'l mingaso! ¡A mí, pa boliarme,
precisa que me hagan un tiro más cierto!
¡Yo quiero una china que sienta y comprienda
la vos del boyero que yevo en el pecho!

V E N G A N S A

No tantiés el cuchiyó. Yo no vengo a peliarte.
'Tan muy flojas mis tabas pa esos bailes, caracho.
Una tunda'e palabras viá encajarte'n el alma,
d'esas tundas que duelen mucho más que los tajos.
¿Carculaste dejuro qu'este viejo tembleque,
cegatón y cacunda, despulpao por los años,
basuriao po'el corcovo de l'achura yorona
no tendría ni juersas pa salir de su rancho?
¿O te créiste que pudo la garuga del tiempo
sancocharme'n el pecho lo que tengo'e cristiano,

y qu'el único afeto qu'enyenaba mi vida
ya pa mí no valía lo que un pucho'e cigarro?
¡Enquivoco machaso! La osamenta caduca,
pero l'alma más duele cuanti más la sobamos;
y el dolor de los viejos, mesmo qu'el coroniya,
es más duro y más juerte cuando tiene más años.
No temblés d'ese modo ni me mirés asina.
Escucháme sin ñervos. ¿No decís que sos macho?
El temblor y los sustos pa las hembras se han hecho.
¿Cuándo has visto al pampero julepiar un lapacho?
Escucháme sin ñervos. No agachés la cabeza.
¡Si no vengo a pedirte que golvás a mi rancho!
¡Si la pobre de m'hija ya de vos no precisa!
¡Hace un mes que la pena la yevó al camposanto!
Dende aqueya mañana que me dijo tuitito
y entuavía, po'el perverso, resó al cielo un rosario,
se jué diendo lo mesmo que una vela de sebo,
y en la tierra, pa siempre, aura'sta descansando.
Y era juerte y sanita. ¡Si parece mentira!
Y era güena y alegre. Se alumbraba mi rancho
con la lus que manaba de sus ojos grandotes,
que más bien parecían estreyones machasos.
Y era linda su boca, siempre yenita'e risa,
y su mano era cumba pa cebarme'l amargo.
Me parece sentirla prosiar con sus calandrias,
y regar sus malvones, y jugar con el gato.
Dende que la he perdido m'he quedao tan solito...
Siento ya com'un frío que me yela el tutano.
Agatas tengo juersas pa dir al cementerio
a resar por su almita, pa que no ande penando.

¡Y juiste vos, mal gauchó, que matastes a m'hija!
¡Lo mesmito qu'el toldo te colaste a mi rancho,
y dispués d'engañarla, sin respeto a mis canas,
juiste a contar tu hasaña por los ranchos del pago!
Yo aura vengo a decirte que pensés lo que has hecho.
Cuando el campo'e la vida se t'enyene de años,
Dios ha'e darte una hija como a mí, linda y güena,
que redame a puñaos l'alegría en tu rancho.
¡Y ha'e yegar otro toldo desmadrao y sin alma
a robart'ese afeto y a dejarte penando!
¡Y has de saber entonce'cómo es el sufrimiento
que me aruña en el pecho mientras t'estoy hablando!
No tantiés el cuchiyó. Yo no vengo a peliarte.
¡Si no tengo ni juersas pa pegar un mangaso!
Sólo vengo a decirte, pa que un día te acuerdes,
¡que hace un mes que la pena la yevó al camposanto!

C A V I L A N D O

¡Qué porquera es la vida! ¡Puro dirse'n amagos!
Nos pasamos los años enfrenando esperansas,
que soltamos despiadas, a lo largo'el camino,
sin poder apariarnos a la dicha desiada.

Cuando semos gurises, de ganosos por criarnos
pa ser libres y dirnos po'ande quieran las ganas,
nos parece qu'el tiempo march'a tranco'e tortuga
y que nunca yegamos a la edá'mbicionada.

Pero después de mosos ya resulta distinto.
Los quererres comiensen'abrir brocas en'l'alma,
y un'angurria tan grande de vivirlos nos dentra
que cuasi no d'abasto la ración d'esperansas.

Y de aflitos que andamos por agenciar la dicha
ni sentimos los días, que de galope se alsan,
yevándose'n su juida promesas ya dijuntas
que se nos despintaron al dirnos a orejiaslas...

Hasta que un redepente nos encontramos viejos
y hayamos que jué un soplo la moעדá pasada;
que los deseos duraron lo que una brasa'e ceibo;
que jueron nuestros sueños como la espuma en'l'agua.

Y entonce'comprendemos qu'hemos andao al ñudo,
aplastando el matungo, mochando las rodajas,
sin conseguir más nada que una cansera bruta
y una runfla'e ricuerdos p'amargarnos el alma.

Y queremos dar güelta, ser gurises de nuevo;
pero ya no podemos pegar la reculada;
hay que seguir pa'elante, metiéndole sidera,
aunque las juersas mermen y ya la fe'sté gasta...

¡Qué porquera es la vida! ¡Puro dirse'n amagos!
Nos pasamos los años enfrenando esperansas
pa cambiar una dicha que, dejuero por hembra,
¡más matrera se pone cuanti más es desiada!

E S P E R E N C I A

Te almirás porque li hago poco caso al destino
y no mi ando lomiando por ninguna disgracia;
porque a cada rodada me levanto riyendo
y en lugar de quejarme suelto alguna chuscada.
Carculás que de bruto doy el pecho a la vida;
que nací con más ñudos que una caña tacuara,
y si a cara'e fandango me abarbaro a las penas
es por falta de yeito pa poder gambetiarlas.
Y decís que soy mesmo que los gatos monteros
porque amuestro los uñas si la güelta se cuadra;
y que soy venenoso como mata'e mío-mío;
y que tengo más filo que cuchiyó'e carniada.

Pero andás erradaso carculando esas cosas.
Sos'tuavía muy borrego pa querer hacer basa
en un truco ande dentran jugadores cancheros,
qu'empacusan el maso si la liga les faya.
No sabés qu'es la suerte cabortera chirusa
que cuanti más l'halagan más fácil güelve'l anca,
y qu'es de maturrangos dir a meterle'l freno
sabiendo qu'es al ñudo querer'l'hacer cabaya.
No sabés qu'en la vida debe andarse al tranquito
porque ansí no se cansa ni el matungo más maula,
y qu'el hombre, aunque monte'n un tordiyó sabino,
debe dir bien dispierto pa no errar las picadas.
Inorás que no sirve tener'l'alma muy floja;
que ser güeno resulta la más pior chambonada,
porqu'el güeno es lo mesmo que un churrasco sabroso
al que tuitos se apuran por sacarle tajada.
La lechiguana sonsa'nida en cualquier carqueja
y hasta el lagarto maula se anim'a coletiarla;
al mangangá picaso ninguno lo incomoda
porque saben que tiene la lanceta muy brava.
Cavilá lo que ti hablo, gurí, que no es soncera;
pensá, pa tu gobierno, está verdá machasa:
al quebracho, por duro, lo respeta el leñero,
y al palo'e leche, en cambio, ¡le dentra cualquier hacha!

C H A P E T O N A D A

¡Pucha gurí cristo! Porque una chirusa
te ha ladio el anca,
ya cres que la vida no vale un comino
sin esa julana.

Y pasás en claro las noches enteras,
pita que te pita, pensando bobadas;
y tuitito el día vivís desinquieta,
dando güeltas, mesmo que perro con sarna.

Y al ñudo las brujas te dan venceduras,
yuyos y porqueras pa poder ligarla;
y al ñudo el pulpero t'enyena la copa
porque ya ni gusto li hayás a la caña...

¡No siás maturrango! ¿No ves qu'esa china
juyó porqu'es maula?
Buscá una que tenga la marcha pareja.
¡Yegua'e dos galopes no sirve pa nada!

¡Tragáte esa pena! ¡Sé macho, canejo!
¡Si entuavía pa'elante tenés muncha cancha!
¡Si el mundo es machaso y está yeno'e rumbos
pa! que sólo tiene veintiaños en'l'alma!

S O S P R E S A S

Colgao de un guayabo lo hayaron al moso,
ceñido el pescueso por un maniador,
risándose al viento la negra melena
y el cuerpo lujoso de libras de sol.

¡Estrañas sospresas que tiene'l destino!
Pensar que ayer mesmo lo vide cruzar
sobre un curuyero qu'en cada balance
lindero del cielo buscaba quedar.

Pensar qu'era juerte com'un coroniya;
curao a intemperies; templao a facón;
jinete qu'en pelo nomás, por floriarse,
al más abrojudo bagual se horquetó.

Y en cuanto el disprecio filoso y perverso
de una cabortera trosó su ilusión,
careció de riendas y de nasarenas
pa domar la pena que lo basurió.

TERCERA PARTE

C A C H I M B A

Sos lo mesmo que yo. Vivís p'adentro,
ajen'a tuito lo que te rodea.
Como nada tenés, ni esperás nada,
gastás el tiempo en rejuntar peresa.

Y no sentís curiosidá ninguna
por lo que pas'ajuera,
ni comprendés al viento ni al arroyo,
que corren siempre y siempre tienen priesa.

Vos no tenés apuro.
Sos como esos que ya han pegao la güelta,
cansaos de ver que tuitos los caminos
no son más nada qu'esperansas güecas.

Dejuro'e tanto cavilar a solas
te jué projundisando la tristesa,
y aprendistes asina qu'en la vida
dirse o quedar lo mesmo fastidea.

Por nada te afligís. Pasás el día
sin quejarte del sol, que te chucea,
y a veces se propasa y te desnuda
pa vichar hasta el fondo'e tu agua quieta.

Sólo al cielo querés. El es tu amigo.
Naides más has hayao que te comprienda.
Por eso, cuando ves qu'está contento,
te alegrás vos tamién y sos más güena.

A ocasiones se agarran de retoso:
él t'enyena de nubes, t'ensucea,
y vos lo arremedás, pa desquitarte,
luciendo los colores qu'él amuestra.

Como si fueran novios,
otras veces las priendas se cambian:
vos, por el día, l'emprestás tu espejo,
y él, de noche, t'empresta sus estreyas.

Con eyas te pasás hasta que aclara,
entretendida en ver cómo chispean,
dispertando la envidia
de los bichos de lus que pasan cerca.

Y no ambicionás más. Eso te basta
pa dir engambelando la esistencia.
¡Que corran los arroyos y los vientos!
Vos preferís quedar pescando estreyas.

Sos lo mesmo que yo. Tamién yo vivo
sin ruido y aplomao por la peresa;
tamién me gusta cavilar a solas
y rumiar dispacito mis tristesas.

Sos lo mesmo que yo. Sin afligirnos
refalamos los dos por la esistencia.
A vos te basta un redondel de cielo
¡y a mí la intimidá de una vigüela!

E S T I L O

Maria L. de Lem' Lauvaism

Suco'e quererres gauchos
maduraos en tristesa.
Siñuelo de amarguras cimarronas.
Querencia de las lágrimas matreras.

Cuando estirás, lerdinando, tus dies hilos
mojaos en la garuga de la pena,
tuito el dolor arisco de los campos
se piala en eyos y se romp'en quejas.

Sólo pueden parirte las guitarras
cuando un amor bien macho las empreña;
cuando'l alma del hombre que las pulsa
se ha ganao güelta música en sus cuerdas.

Sos com'un corasón en carne viva,
machucao de asperesas,
que se va desangrando di a poquito
por la boca redonda'e la vigüela.

Camote de los tristes.
Aparcero'e la pena.
Laso trensao con raíces de pesares
pa estaquiar las memorias gambeteras.

No tenés ni un cencerro de alegría.
Ni una esperansa risa tu cansera.
Sólo sabés d'esos lamentos hondos,
arañaos de desdenes y de ausencias.

'Tás hecho pa boyar en el silencio
d'esas noches pesadas de sueñera,
que harnerea'e lus el braserío del cielo
o hace ruanas la luna con sus hebras.

Espina untada en pulpa'e macachines
es tu música lerda:
pincha en el corasón, y al mesmo tiempo
vuelca dulsuras en la herida abierta.

Cada ves que t'escucho
se me anochece 'l alma con tus quejas;
pero puntiás d'estreyas esa noche
pa clariar el remanso de mis penas.

Por eso me gustás: porqu'en tus hilos
prendió el campo sus lágrimas secretas;
¡porque sos como el sumo'e sus amores
injertao en la yel de sus tristesas!

M A T R E R O

Resueyo del monte cuajao en coraje.
Altivo aletaso de la libertá.
Cerno endurecido de macheces gauchas
que sólo la muerte consiguió ablandar.

Corasón caliente de los campos potros
latiendo en la entraña de la soledá.
Tutano'e los cerros filosos y ariscos.
Colmiyo'e la sierra. Facón del pajal.

Tropero de sombras, domador de rumbos,
patrón de horisontes baquiano y audás,
tu vida jué un libre volido de toldo
surciendo distancias, sin nunc'anidar.

Tuviste por cama los pastos del monte.
Por techo, el ramaje del coroniyal.
Jué arruyo'e tus sueños el canto'e los ríos
y el silbo'e los vientos entre'l flechiyal.

Dos gauchos con alas rondaron tus noches:
el tero alarife y el libre chajá.
Y en los recovecos de tus madrigueras
sus trampas d'espinas armó el ñapindá.

Y cuando crusaste, tajiando la noche,
s'hinchó el campo'e lomas pa verte pasar;
chistó la lechusa, cayeron los tigres,
y los cimarrones dejaron de auyar.

Pa vos lució el alba sus pilchas rosadas;
pa vos abrió flores punsó el sucará;
por vos muchas noches la luna, mimosa,
en l'anca'e tu flete se vino a sentar.

Y juiste la estampa más gaucha y airosa
qu'en sueños las chinas miraron pasar,
prendido a los flecos del poncho el misterio
¡y al cinto el rumbero de la libertá!

P U L P E R I A

Juiste igual qu'esas hembras querendonas y güenas
que ni al pior de los machos le mesquinan su amor,
y que crusan la vida redamando ternuras,
y aliviando dolores, y sembrando ilusión.

Tu palenque jué un brazo levantao en la loma,
un yamao aparcero convidando a dentrar;
y con caña y guitarra, con baraja y con taba,
te sobraron siñuelos pal gauchaje bagual.

Y t'hiciste querencia de las vidas sin rumbo;
farolito en la noche de los pechos sin fe;
manantial pa lavarle las heridas al triste
y al sediento de olvido remediarle su sé.

Reyenaste las brocas que cavara l'ausencia;
ensiyaste memorias pa volver al ayer;
y mochaste'l abrojo de las almas machorras
que no fueron capaces de parir un querer...

Los domingos, tu reja floreció de truquiadas;
espinao de rodajas, tu silencio juyó;
y entre música'e copas y latir de vigüelas,
desnudó el pago bravo su cerrao corasón.

Y en la noche curiosa que oriyaba tu fiesta
los facones pusieron una marca de lus;
rabonó las distancias un galope matrero,
y pa un muerto dio el cielo cuatro estreyas en crus...

L E C H U S A

Sos un bicho infelís. Naides te quiere.
De tuitos laos vivís escurrasada.
Y hasta los mismos pájaros te juyen
porque tienen a menos tu compañía.

Cierto que con tus ojos amariyos
—que aujerean la noche más toldada—,
con tus patas cuartiadas y macetas
y tu pico dao güelta, sos fierasa.

Cierto qu'en lo sanguanga y desabrida
ni el Juan Grande t'igual,
y que tu canto es un chiyido sonso
que ni a un gurí de teta li hace gracia.

Por eso no es pecao. Hay otros pájaros
que son fieros tamién, y que no cantan,
y algunos, como el toldo,
que de haraganes ni pichones sacan.

Y solamente a vos te tienen tirria.
Hasta se ha dao en creer que tráis disgracia,
y que andás en negocios con mandinga
y le chistás, de noche, cuando pasa.

Y no falta quien diga
que a la muerte tamién solés cuartiarla,
y que hay velorio en fija
cuando gritás tres veces enrabadas.

Vos, como si supieras que te odean,
vivís lo más del día acuquinada
en la puerta'e tu cueva, o en un poste,
bombiando con recelo a los que pasan.

Sólo de noche te sentís a gusto,
porque la noche no se fija en fachas,
y a tuitos, pa que no haygan diferencias,
en el luto'e su poncho los iguala.

¡Qué destino amolao! ¡Sin un delito
y a matreriarle al chumbo condenada!
¡Sólo porque Dios t'hiso fiero y triste
y te negó la cencia'e las calandrias!

Hay hombres como vos. Naides los quiere.
Son como oveja negra en la majada.
Y más pobres que vos, más infelices,
porque pa juirle al mal, ¡carecen de alas!

Q U E R E N C I A

Montoncito'e terrones y totoras
que me vido yorar la ves primera;
ranchito aludo, rescoldao de afetos,
y remediao a sol de su pobreza.

Ombú que a los mormasos del verano
los amansó con su ramaje güeno,
y a los pamperos les sirvió'e guitarra
pa cantar las tristezas del invierno.

Pañueiito verdusco'e campo crudo
floriao por el punsó'e las margaritas,
ande aromé mi aurora cimarrona
con el áspero olor de las flechiyas.

Rincón de monte ande los arrayanes
enamoraban a la primavera,
y sangraban sus frutas los chalchales,
y se alargaban del carau las quejas.

Cañadita flecuda d'espadañas
que listaba'e rosao el garcerío,
y los patos baguales encrespaban
al marguyar, alborotaos y ariscos.

Pital cerrao, de pinchos dentradores,
ande escondía el aperiá su cueva,
y ande, al bochorno de los mediodías,
arroyaban su laso las cruceras.

Islita ande acampaban las torcasas
de volido apurao y baruyento,
y ande se óia sonar, de tardecita,
el chiflido tristón de los boyeros.

¡Querencia! ¡Amor que se añudó a las raíces
hondas y amargas de mi vida huraña!
¡Puñao de cosas chúcaras que guardo
en el güequito más soliao de mi alma!

¡Querencia! ¡Lucerito de mi rumbo!
Picana que rempuja mi cansera!
¡Albardón apretao de las dulsuras
en el campo reseco'e mi esistencia!

¡Cómo te viá olvidar si sos yo mesmo!
¡Si te mamé en la leche de mi madre
y te yevo metida entre las venas,
apurando el galope de mi sangre!

T O T O R A

*(Al rancho donde aprendí a creer en el
hombre y a querer el mate amargo).*

**Rancho que'en la cerrazón
de mis pupilas marchitas
solés prender la chispita
de tu ricuerdo dulsón:
cuando al triste corasón
me lo arrociná el destino,
y desnortiao y sin tino
pierdo rumbo y goluntá,
en mi memoria te alsás
pa señalarme'l camino.**

Vos juistes el blando nido
ande mis sueños se criaron;
el palenque ande se ataron
mis afetos más queridos;
la güerta ande ví floridos
y semiyaos mis anhelos;
el manantial color cielo
que supo calmar mi sé;
la fogata ande quemé
tuititos mis desconsuelos.

Juiste aroma y miel, Totorá,
de primavera serrana;
juiste la novia paisana
qu'emprestó lus a mi aurora.
Ponchadas de lindas horas
bajo tu techo viví.
La vigüela tuvo allí
arruyos d'hembra amorosa,
y la caña jué sabrosa
pal gaucho que truj'en mí.

Y aura que falt'a mi vida
tu perfume de querencia,
y de luto por tu ausencia
yevo'l alma dolorida;

aura que aguanto prendida
a la cacunda una crus,
y sin alsar el testús
voy marchando a tranco lerdo,
en mi noche es tu ricuerdo
com'un bichito de lus.

M E M O R I A S

En aquel entonce'pa mí era un retoso
charquiar las verijas al potro más diablo,
dejar güelta a güelta clavada una taba,
boliar un arisco, madrugar un guapo.

El fierro filoso, pronto pa un barbijo,
quebrao el chambergo, el pucho en los labios,
goliya tendida golpiándome'l lomo,
el sobeo a los tientos, el poncho en el brazo,

me vido el gauchaje yegar a las yerras
al galope largo de mi porcelano,
y ayí, entre los tauras, floriarme pialando
hasta que quedaba ramaliao el laso.

Y tamién me vido templar la vigüela
—dispués qu'empesaba' menudiar el trago—
y dejar petisos en los contrapuntos
a los más cantores sabiases del pago.

Tropero'e querereres, suertudo y ladino,
arriaba suspiros de tuitos los ranchos;
no había una chirusa, po'arisca que juese,
que al óir mis requiebros no parase a mano.

Y más de una noche me vido la luna
junto a una tranquera rayar mi cabayo,
y morder la pulpa coloráita y dulce
de una boca linda como flor del campo.

Pa mí la crucera no tenía veneno;
pa mí no pinchaba la espina del cardo;
y andaba sin miedo por tuitas las sendas
y ninguna sanja me atajaba el paso.

Y viviendo asina, creiba que la vida
sería siempre lisa com'un campo yano,
po'el que yo pudiera crusar sin trompianos
al galope largo de mi porcelano...

.....

Dende aquel entonce', sobre mi cacunda
se'apilao la carga de una punta de años;
manadas de penas me han hosao el alma
y tengo la crisma ralita y blanquiando.

Aura soy un viejo que se duebla'l viento
y en cuantito yela ya'stá tiritando;
que tiene flojitas las dos chiquisuelas
y agatas si puede subir a cabayo...

Y si me aliveo de las quebraduras
y a pitar mi chala me siento en el patio,
me dentra'e repente com'una tristesa
y otra ves p'adentro me voy, resmungando.

Es porque me acuerdo de cuando besaba
una boca linda como flor del campo,
y andaba sin miedo por tuitas las sendas
al galope largo de mi porcelano!...

V I D A L I T A S

Sos la paisanita
—vidalitá—
que cantando pasa,
salvaje y arisca
—vidalitá—
como las torcasas.

La que con sus ojos
—vidalitá—
negros como penas,
cuando el sol se apaga
—vidalitá—
priende dos estreyas.

La qu'en su ranchito
—vidalitá—
de barro y totora,
esconde un boyero
—vidalitá—
novio de la aurora.

La que pa su gaucho
—vidalitá—
de poncho y melena,
en los labios frescos
—vidalitá—
guarda una colmena.

La que pa la luna
—vidalitá—
qu'es tan güena amiga,
d'espejo en su patio
—vidalitá—
tiene una cachimba.

Y pa la guitarra
—vidalitá—
ande están sus cielos,
reserva la cinta
—vidalitá—
mejor de su pelo.

La qu'en sus querereres
—vidalitá—
más dulsura guarda
que los macachines
—vidalitá—
y que las pitangas.

La chirusa hermana
—vidalitá—
del clavel del aire,
y de los churrinches
—vidalitá—
y los cardenales.

F R A N Q U E S A

Sosegáte china, no siás caprichosa.
Yo ya t'he alvertido que venís errada.
Mi rancho es más triste que cueva'e lechusa
¡y querés que sirva pa nido'e calandria!

¿No ves? En la quincha ni un clavel del aire;
en el patio yuyos, nadita'e fragancias;
ni un ombú siquiera pa juntar chingolos
que tiempfen el mate de las madrugadas.

Pa pior, con los años se ha quedao siyeta;
lo pone tembleque cualquier pamperada;
la helada y los soles lo bandean sumbando
y es puras goteras en cuanto cái agua.

Si asina es el rancho, ¡cómo será el dueño!
¡Dejao de la mano de Dios! ¡Castrao de alma!
Retiráte, china. Buscá otr'aripuca.
La mía no sirve pa casar calandrias.

Aquí en esta cueva yo vivo tranquilo.
Se me van las horas sin pensar en nada,
yerbiando y pitando tuito el santo día,
besando di a ratos la boteya'e caña...

Ya con el silencio semos tan amigos
que cuasi ni chiflo pa qu'él no se vaya,
y hast'hay ocasiones que me fastidea
el baruyo que hacen al chispiar las brasas...

Soy un yuyo murcho que no echa más flores;
camuatí sin mieles; pájaro sin alas.
La cachimba'e mi alma se ha quedao vacida
de tanto qu'en eya baldió la disgracia.

Y aura vos, chirusa, t'emperrás en tráirme
pa mi noch'escura la luna'e tu cara,
y pa mis insoños la tranca'e tus besos,
y el juego'e tus ojos pa mi alm'apagada.

¡Pucha, se carece ser porfiada, mesmo!
¿Vos no sabés, china, que la ruda amarga,
aunque la mesturen con bastante almíbar
tiene un gusto fiero que siempre da en cara?

Buscá otro cariño. Vos sos mosa y linda.
Tenés campo a bocha pa tus esperansas...
Mi rancho es más triste que cueva'e lechusa.
¡Mi rancho no sirve pa nido'e calandria!

NUEVOS POEMAS

(Agregados a la 5ª edición)

P I O N A

Dende muy gurisita
se te gana en la ropa y en el cuero
ese tufo emperrao de las cocinas
qu'es mestura de hoyín, de humo y de sebo,
y atrás del que anda siempre'l macherío
como perrada hambrienta atrás de un güeso.

No bien los catorce años
t'encarosan los pechos
y la naciente redondés de'l'anca
t'enyena el vestidito'e percal viejo,
ya el algariao patrón, o el mayordomo,
andan buscando ande tumbar tu cuerpo.

Y en cuanto t'hincha el vientre'l primer hijo,
ya se cren con derecho
a un lugar en tu catre y en tu carne
hasta los pobres pioneros galponeros,
porque vos, infelís, sos en el campo
láunica cosa que no tiene dueño.

Cuasi no hay año que no echés al mundo
un gurí rubio, amulatao o negro,
porqu'en las noches emparejadoras
se confunden los pelos,
y más si son dos vidas solitarias
las qu'entreveran sangre y sufrimiento.

Uno aquí y otro ayá, por las estancias
—pelusa'e cardo qu'esparrama el viento—,
esos hijos sin padre se te quedan,
mientras vos ves gastarse tu deseo
de ajuntarlos un día
en un rancho con sol, alegre y nuevo.

Y así vas, de hombre en hombre,
de cocina en cocina envejeciendo,
hasta qu'inútil ya, descangayada,
sin servir pal fregón ni pa los besos,
terminás quasi siempre tu esistencia
cebando mate'n un quilombo'e pueblo!

C H I R I P A

Venís del tiempo del coraje grande,
que se salía del pecho en las patriadas
pa salvar el destino de una tierra
que al fin no jué de los que la salvaran.

Del tiempo aquel en qu'el gauchaje pobre
no topaba alambraos que lo embretaran,
ni se véia de a pie por los caminos
p'ande aura lo rempujan las estancias.

Eras entonce'de merino negro
—a menudo floriao con sangre brava—,
y te ufanabas de lucir cuaternos
abiertos por la sarpa'e las tacuaras.

Concluídas las lioneras, vos viviste
sacando música'e las pamperadas,
manchando'e noche'l lomo'e los baguales
y tauriando entre chinas y guitarras.

A ocasiones tu dueño, presumido,
con un oriyo'e seda te adornaba
—celeste o colorao, sigún el pelo—,
pa compadriar en bailes y tabiadas.

Dispués te jué borrando la pobresa.
Tu color toldo s'hizo color rata.
De nada te valieron ya tus mentas
ni tu heroico pasao, mordido'e lansas.

Hoy sos de bolsa pingajienta y sucia
y apariás —por galpones y por chacras—
tu suerte a la de algún nieto del gaucho
que t'estreyó de sangre'n las batayas.

Y achicharraos po'el juego'e los mormasos
o tajiaos po'el vidriaje' las escarchas,
cinchan los dos en yunta, porque hay algo
que nunca se acalambra: ¡la esperanza!

T A M A N G O

Con un pedaso'e cuero,
un tiento y una lesna,
te idió en alguna chacra
la mano'e la pobresa,
pa qu'hicieras más blandos los terrones
y menos bruto el sol que arde'n las melgas.

Sos un calsaio humilde y sin historia
lo mesmo qu'el paisano que te yeva.
Naciste pa tranquiluar, porfiao y guapo,
siempre atrás de la reja,
que v'aliñando surcos y más surcos
en su dir y venir, d'estreya a estreya.

Tal ves la bota'e potro,
con toditas sus mentas,
no tuvo nunca ese coraje tuyo,
cayao y aguantador com'una piedra,
qu'inoran las vigüelas y la fama
porque anda siempre hundido entre la tierra.

Tu destino es igual qu'el de tu dueño:
un destino apagao y sin leyendas,
que no va más ayá del rancho negro
and'encajó su marca la miseria,
y ande hasta los gurises
se han olvidao de réirse, a juersa'e penas.

Entendés más de cayos que de sangre,
más de silencios que de ruido'e guerras,
y mostrás cascarón de barro oscuro
en lugar de estreyudas nasarenas:
por eso es que tu nombre
no cabe en las payadas noveleras.

Tamango, sos lo mesmo
qu'el sufrido paisano que te yeva:
un humilde coraje sin historia,
amansador d'heladas curuyeras,
que se gasta tranquiando entre los surcos
ande hundió su destino la pobreza.

G U R I S E S

Cuasi siempre los pare una sirvienta
que también nació así, como los gatos,
en un catre arrumbao y color mugre
o en el suelo nomás, arriba'e trapos.

Dispués, en un cajón, negriando'e moscas
el chupete sin leche, sucio y agrio,
aprienden poco a poco que de nada
en la vida'e los pobres sirve'l yanto.

Y se quedan cayaos horas enteras,
mordiendo sus piesitos y oservando
a la madre, que va de un lao pal otro
con su olor a fregonas y a trabajo.

Cuanto saben gatiar ya prencipean
a juirse a los galpones y a los patios,
y áhi se crían, lambidos por los perros
y comiendo imundicias con los chanchos.

De jugar cuasi nunca tienen tiempo.
Muy lejo'en lejo', cuando viene a mano,
paran rodeo a una tropiya'e güesos
o arman alguna boliadora'e marlos.

Y apenitas aprienden'andar solos
y aguantarse'n el lomo de un cabayo,
ya'stán entreveraos con la pionada,
pagándose'l pirón y los andrajos.

Aindiaos los más, el pelo hecho pasoca,
duro el garrón, medio de ajuera el rabo,
las rodiyas espesas de mulitas
y el cuerpito apunao, sumido'e flaco,

¡asina los he visto en las estancias
de portera a candao y de güen pasto,
and'entr'hileras de alambraos tirantes
lustran el anca los noviyos chatos!

T A P E R A

En la oriyita de un camino muerto
po'el que no crusa ya ni un alma en pena,
más solita que crus en tumba'e pobre
te consumís, tapera,
rumiando tus memorias niblinosas
mientras carcome'l tiempo tu osamenta.

Los vientos aburridos s'entretienen
en desmechar tu quincha'e paja seca,

y encuadriyaos con el abrojo grande
y el yuyo colorao —qu'es pior que lepra—,
ortigales machasos
de tu vejés ya van tomando cuenta.

Por los rombones que te ha abierto'l'agua
meten tuitas las noches su alma negra,
enseñando el camino a las babosas,
que tamién en la entraña se te cuelan,
y a cuanta chamuchina
anda po'el campo en busca'e madriguera.

Y al ñudo se proponen alegrarte,
armando un bail'e lus en tu cumbreira,
esos soles güenasos,
que hasta en el lomo'e los inviernos yegan
a calentarle'l cuero al pobrerío
sin poncho ni fogón, que por áhi pena.

Por tu tirante acarunchao, cacunda,
por tus cáidas tijeras,
por los terrones que se te amojosan
bordaos de telas y de arañas secas,
anda tuavía el ricuerdo de las vidas
que anidaron un tiempo en tu pobresa.

Y en vano preguntás al bicherío
qu'en tu suelo pastudo ha hecho querencia,
qué jué del par de viejos,
de los gurises y la mosa aqueya,
que un crudo invierno, en el carrito enclenque,
repuntó pal camino la miseria.

E X - L I B R I S

(Para "Tacuruses")

Cuando cerramos este libro —leído en un solo viaje desde la "A" inicial de "Alvertencia" hasta la "a" final de "miseria"—, quedamos con la idea de que hay un amor y un dolor autóctonos, criollos, cimarrones, en este suelo en que canta Serafín J. García.

Esa idea es, sin duda, falsa, contraria al auténtico humanismo que tiende a reconocer en todos los hombres, porque su organización fisiológica es la misma y semejante su mecánica psicológica, una sensibilidad cuando menos afín. Pero, por lo mismo: ¡qué trabajo lírico de transformación éste por el que el poeta logra traer a nuestra percepción ese amor y ese dolor sin patria, nómadas, universales, con una sustancia tal y un tal olor de tierra nuestra, que nos hacen sentirlos como si fueran de esta tierra aborígenes, sin señal ni recuerdo de ninguna otra!

Hay un ejemplo de trabajo semejante en la historia inédita del chilcal. Lo hallo entre los recuerdos de mi niñez campesina, en la que gusté la miel de la lechiguana. Cuan-

do sorbía el pedazo de panal arrancado a pedradas a la parda y seca envoltura de generoso vientre, era como si mamara de la propia ubre de la tierra natal.

Y la miel es como el amor y el dolor del hombre: de todas las tierras, de todo el mundo, de toda la vida. Sus fábricas naturales más grandes están lejos de nuestras chilcas: en las faldas del Himeto. Y hace miles de años que es apreciada por los hombres. Y es glorioso desde que las abejas augures de la Bética visitaron la cuna de Lucano para llevar a los tiernos labios la dulce ofrenda.

Pero las abejas del pago trasmutaron esa antigua fama gringa de la miel y ésta es, en la lechiguana, una amorosa sugestión de intimidad de rancho.

Zumos de chilca y de carqueja en la ambrosía universal y eterna. En aquéllos trasciende el olor del fogón madrugador, envuelto en el sahumero de la leña ardora que hace llorar los ojos y desentumirse los corazones de los viejos mateadores y parleros; y en éstos el sabor pastoril purísimo del “te para el empacho”: la infusión de la fragante carqueja infalible de la terapéutica ranchera.

Ahora que, en “Tacuruses”, la abeja lírica ha fundido en su miel algo más que efluvios penetrantes representativos de la enérgica vida natural de su medio. Ha arrasado a ella zumos de vida humana, amargos, a veces tanto, que el poeta de este panal, para medio temprarlos, ha debido exprimir los azúcares de todos los macachines y “burucuyases” de cien leguas a la redonda.

Pero no hay melismos macachineros ni sedantes burucuyaseros que puedan atenuar la acritud que en este libro campea. El poeta nos ofrece en él el drama del hombre, universal y eterno. Y nos lo ofrece en la forma en que más pueden percibirse su esencia y realidad; su acritud, propiamente: atomizado y, a la vez, humanizado, como pocas

veces nos lo ha sido exhibido, en esos seres dolorosos y duros a un tiempo, que despierta, con su fresca música de alborada de monte, de su profundo dormir sin sueños en la profunda noche sin luciérnagas.

¡Oh, la profunda noche del campo! Es una antigua noche cuyas tinieblas quedaron prendidas de las uñas de los ñapindaes, y de los pinchos de las pitas, y de los “piques” de los cercos y de los alambrados feudales. ¡Oh, la profunda noche feudal del campo!

Serafín J. García ha despertado en ella a esos hombres cuyas voces sonámbulas tienen algo de la de los pájaros madrugadores y algo de anuncio de amanecer, pero que no son sino personajes de carne y hueso del vasto drama social universal.

Este se aproxima más a nuestra conciencia en la presencia de esos personajes que se mueven en el seno mismo de nuestro medio natural, y de esa suerte el autor de “Tacuruses” nos facilita la mensura en profundidad, el análisis en lo particular, la observación directa de ese drama, en la reacción del corazón del hombre tomado en plena vida y sometido a una cruda sí que común peripecia de la vida social inorgánica, brutal, aterradora de nuestro tiempo.

Es, en cierto modo, un trabajo despiadado el que en algunos momentos realiza el autor de este libro —en este caso como en otros posteriores—, pero necesario, como la vivisección, para la extracción de las verdades que habrán de ir afirmando el camino del progreso humano, en lo científico y en lo moral.

En el aspecto artístico, además, este libro prueba, con bien para nuestro orgullo nacionalista, que en el modo criollo hay cancha para todas las expresiones, aún las determinadoras de los estados de alma más extremos.

Siempre había pensado que el dialecto corso era el único instrumento capaz de emitir el aullido del alma en el vórtice de la desesperación, de la ira, del ansia de "bindetta", tan fielmente reproducido en los "voceri" del país de los funerales sangrientos. Pero ¿qué falta a la expresión de ese dolor blasfemo de "Hombrada" para igualarse en intensidad dramática al grito de la "voceratrice"?

—“Per fá la to bindetta—Sta siguro, basta anch'io”, —exclama la hermana de un joven corso asesinado.

—“¡Juera de aquí! ¡Si pa velar su cuerpo — y darle sepultura yo me basto! — ¡Si no precisa agayas empesadas — p'apechugar las penas el qu'es macho!” — ruge el padre criollo ante el cuerpo yacente de su hija, de cuya muerte cree culpables a los que ya antes ha echado furiosamente de su lado: —“¡Mándensén mudar tuitos! ¡Machos y hembras! — ¡Aquí ya no hacen falta los caranchos! — ¡A campiar a otro lao carnisas frescas — ande se puedan empachar pulpiando!”.

En esta misma composición encontramos un ejemplo de la expresión nativa de ese dolor en estado de ternura, que es como la crisálida de la mariposa negra de la desesperación que luego ha de revolotear en torno del cadáver, en la velación imprecatoria:

—“¡Ninguno se acordó qu'eya era güena, —un alma'e Dios, que a naides hizo daño, — y aguantó la infelís, com'una marca, — el disprecio safao de tuito el pago!”.

En el poema “Lechusa”, uno de los más bellos del libro, ¡qué prodigio el del lenguaje —y el del que lo maneja— para servir a la ocurrencia de: naturalizar paisana al ave más universal del mundo; acariciarla, siendo tan fea, y hasta fraternizar con ella, a pesar de su mirada fantasmal, que habría hecho apartarse al mismo Francisco de Asís!

Pero donde nuestra voz vernácula se representa en todo su vigor y belleza, es en el grito de rebelión contra los resabios feudales que alienta todavía el aire de nuestro campo, en “el copetudo de riñón cubierto pa quien n'usa leyes ningún comisario”; en “los que agrandan sus campos —pagando en sancochos de tumba reseca — al pobre pión qu'echa los bofes cinchando”; en el milicaje “cuyos corvos ganosos se cimbran en el lomo del gaucho mientras juye, trepada en el pampero, la vos enronquecida'el comisario”...

Y tenía que ser en ese grito. La voz campera es hija de la naturaleza, en la que es ley que los más claros gritos y las más puras canciones se oigan cuando aparecen las barras del día, que es el instante de la rebelión contra las sombras.

Pienso en el hermoso coro paisano con que habrá de ser saludado, cuando llegue al pago, el gran amanecer que viene desde un lejano Oriente, navegando en la sangre libertada, para libertar nuestro campo de su cerrada noche.

Serafin J. García nos da una idea de lo que será ese canto cuando la justicia verdadera visite el rancho en el que “yoraban tres gurises inocentes — galguiando de hambre y erisaos de frío”, y se realice la ilusión cantada en su “Escarmiento”:

*...lo que me cencerriaba la esperanza:
un pago ande los hombres
a juersa'e corasón s'emparejaran!”*

GISLENO AGUIRRE.

Montevideo, 1942.

Memor. de l'Empereur
de Russie

INDICE

"TACURUSES" (Fragmento de un estudio)	9
---	---

PRIMERA PARTE

ALVERTENCIA	25
EJEMPLO	27
HOMBRADA	31
ORACION	35
OREJANO	39
JUSTICIA	43
CASTIGO	47
ESCARMIENTO	51
DEFENSA	55
SEPARACION	59
RECLARANDO	63

SEGUNDA PARTE

HEMBRA	69
VICHANDO	73
SECRETO	77
ARDILES	81
CUERPIADA	85
VENGANSA	87
CAVILANDO	91
ESPERENCIA	93
CHAPETONADA	95
SOSPRESAS	97

TERCERA PARTE

CACHIMBA	101
ESTILO	105
MATRERO	109
PULPERIA	111
LECHUSA	113
QUERENCIA	117

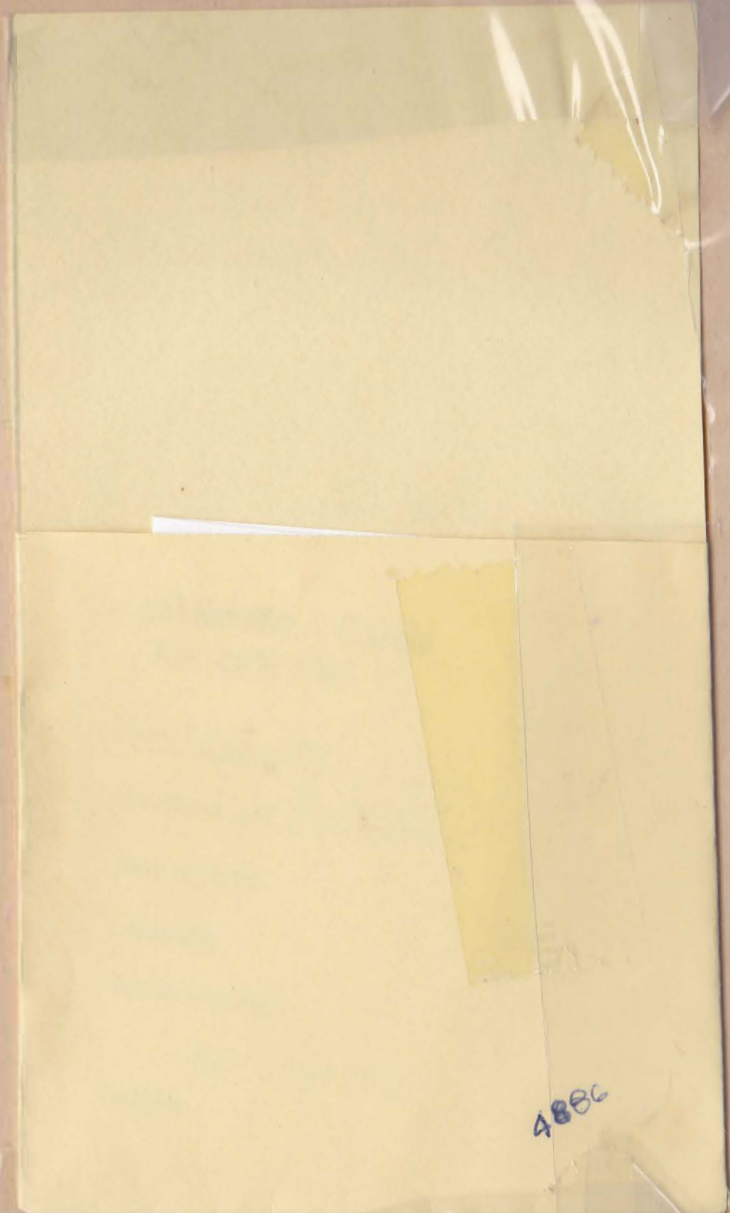
	Pág.
TOTORA	121
MEMORIAS	125
VIDALITAS	129
FRANQUESA	131

NUEVOS POEMAS

PIONA	137
CHIRIPA	139
TAMANGO	141
GURISES	143
TAPERA	145



EX - LIBRIS (Para "Tacuruses")	149
--------------------------------------	-----



4886